

CASSON, Lionel, *Las bibliotecas del mundo antiguo*, trad. María José Aubet, Barcelona, Bellaterra, 2003, 176 págs.

En este libro se ofrece la versión española de *Libraries in the Ancient World*, publicado en 2001. El objetivo del autor es realizar “un estudio exhaustivo de las bibliotecas del mundo antiguo”; para ello se limita al período que va del tercer milenio a. C. al comienzo del imperio bizantino (siglos IV y V d. C.). Conviene precisar que por “mundo antiguo” el estudioso se refiere en particular al mundo grecorromano. En torno a sus fuentes, Casson señala que además de los datos extraídos de textos antiguos, se basa en hallazgos arqueológicos, en inscripciones relacionadas con alguna biblioteca, en edictos donde se menciona a ricos benefactores, e incluso en epitafios dedicados a humildes bibliotecarios. Acerca de su destinatario, el estudioso pretende llegar tanto al público en general como al experto.

Esta obra comprende las siguientes secciones:

Prefacio

Mapas

1. Los inicios: el Próximo Oriente antiguo
2. Los inicios: Grecia
3. La biblioteca de Alejandría
4. El desarrollo de las bibliotecas
5. Los inicios: Roma
6. Las bibliotecas del imperio romano: la ciudad de Roma
7. Las bibliotecas del imperio romano: fuera de la ciudad de Roma

---

PALABRAS CLAVE: biblioteca, códice, Grecia, libro antiguo, papiro, pergamino, Roma.

RECEPCIÓN: 20 de febrero de 2006.

ACEPTACIÓN: 22 de marzo de 2006.

- 8. Del rollo al códice
- 9. Al filo de la Edad Media
- Abreviaturas
- Notas
- Índice de las ilustraciones
- Índice alfabético

### 1. “Los inicios: el Próximo Oriente antiguo”

Aunque el tema central de este libro son las bibliotecas, Casson se remite a Egipto y Mesopotamia porque allí apareció la escritura. Se remonta a las tablillas sumerias de arcilla, que datan de poco antes del 3000 a. C. Destaca que, si bien este material es duro y pesado, tiene varias ventajas: es perdurable, el fuego lo hace más resistente, es barato y fácil de modelar, factores que lo convirtieron en el soporte de escritura más usual “en toda Mesopotamia, Siria, Asia Menor, Persia, e incluso, durante algún tiempo, en Creta y en Grecia” (p. 15).

Posteriormente, la obra alude en particular a la escritura cuneiforme desarrollada por los sumerios, a su adopción y adaptación a manos de los acadios, babilonios y asirios, así como a la manera en que los pueblos de Siria y Asia Menor la modificaron. En adelante menciona algunos descubrimientos de lotes de tablillas cuyo contenido no sólo incluía registros administrativos y manuales escolares, sino también un listado o catálogo de obras literarias sumerias, etcétera. Al hablar de los hallazgos de Hattusa, la capital hitita, subraya el papel desempeñado por los escribas, y especifica que “fue así y no mediante compra como se crearon las distintas bibliotecas, ya que, según parece, en el Próximo Oriente no hubo comercio del libro” (p. 21).

A continuación, el autor puntualiza que el primer fundador de una biblioteca sistemáticamente recopilada, fue el rey asirio Asurbanipal; trae a colación que en la segunda mitad del siglo XIX, se encontraron en Nínive —sede del palacio real— los textos del poema épico de Gilgamesh, el mito de la creación y gran parte de las obras más famosas del Próximo Oriente antiguo (p. 23).

Además de referirse al acervo contenido en esos archivos, el estudioso aporta datos en cuanto a los peligros que acechaban a las tablillas: el maltrato y el robo. Según Casson, la trascendencia de

las colecciones del Próximo Oriente radica en que “fueron las primeras en utilizar algunos de los procedimientos fundamentales de una biblioteca: la identificación de las obras individuales mediante títulos, la reunión de obras similares en series, la creación de catálogos” (p. 27).

## 2. “Los inicios: Grecia”

Al centrar su estudio en la Hélade, el autor pone de manifiesto que al igual que en el Próximo Oriente, los primeros hallazgos consistieron en registros administrativos escritos en tablillas de arcilla. Luego hace un recuento de la forma en que los griegos desarrollaron la escritura: del estilo cuneiforme adoptaron y adaptaron el alfabeto fenicio, lo cual permitió “un acceso rápido y fácil a la cultura escrita” (p. 30). Por lo que atañe al impacto social que tuvo en Atenas la aparición de la escritura, Casson trata de contestar las siguientes preguntas: ¿cuál fue el alcance real de la lectura y la escritura entre los atenienses?, ¿había muchos lectores?, ¿se educaba a un amplio sector de la comunidad o sólo a los ricos? Extrae sus respuestas a partir de las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, así como de algunas escenas plasmadas en vasos griegos y de los informes de Heródoto y Tucídides.

Más tarde alude en concreto al aspecto físico del libro antiguo, y enumera los distintos soportes sobre los cuales los griegos hacían sus apuntes: tablillas de arcilla, pedazos de cerámica (*ostraka*), tablillas enceradas, pergamino y, sobre todo, papiro (pp. 35-37).

Según el estudioso, a principios del siglo v a. C. los autores de los primeros libros que aparecieron en Grecia sólo contaban con su texto original; mas, al pasar el tiempo, con el objetivo de difundir su obra, ellos mismos se encargaron de elaborar copias para sus amigos u otros destinatarios relevantes, o permitieron que los propios interesados copiaran el manuscrito. Así surgió la “primera y más primitiva industria del libro, informal y ocasional” (p. 37).

No obstante, a fines del siglo v a. C. aparece en escena la figura del vendedor de libros o “librero”, e inclusive los textos griegos mencionan un lugar de Atenas donde se venden libros. Esto permite deducir la existencia de *scriptoria*. A inicios del siglo iv a. C., la venta de libros era una industria tan floreciente que los libreros ya contaban con un espacio propio para comercializar sus productos:

la *orchestra*. Gracias al establecimiento de *scriptoria* encargados de realizar múltiples copias, a la presencia de los libreros y a la difusión del libro, poco a poco se hizo necesaria la creación de la biblioteca pública. Uno de los precursores de esta clase de instituciones fue Aristóteles, quien reunió una gran biblioteca personal y, según Estrabón, “fue el primero en reunir una colección de libros y en enseñar a los reyes de Egipto cómo organizar una biblioteca” (p. 39).

En opinión de Casson, otro factor que fomentó el surgimiento de la biblioteca pública fue el decreto promulgado (entre el 338 y 325 a. C.) por Licurgo, legislador y político ateniense, que decía:

las versiones escritas de las tragedias [de Esquilo, Sófocles y Eurípides] deberán preservarse en la oficina de registros, y el funcionario de la ciudad se las leerá, para su comparación, a los actores que actúen en ellas, y éstos no se desviarán de la versión escrita.

Con esto se garantizaba la fidelidad de cada obra de teatro y se ponía un límite a las licencias de los actores (p. 40).

### 3. “La biblioteca de Alejandría”

Fue fundada hacia el 300 a. C., su acervo era muy completo y albergaba obras de todo tipo procedentes de distintas partes del mundo, era pública y daba servicio tanto a los eruditos como a toda persona que tuviera probadas dotes literarias. De acuerdo con el autor, la aparición de esta biblioteca fue posible debido a la riqueza de Egipto y a que allí crecía el papiro.

Los cuatro primeros Ptolemeos, dado que tenían inclinaciones intelectuales, propiciaron que Alejandría se convirtiera en el centro cultural más importante de su entorno y, para lograrlo, convocaron a los intelectuales más famosos de aquella época, fundaron el Museo y otorgaron magníficos incentivos a quienes acudieron a su llamado (p. 43). Fue pensando en estos sabios que crearon la biblioteca de Alejandría.

En cuanto a las adquisiciones, si bien Egipto poseía abundantes libros escritos en egipcio, los Ptolemeos trataron de conseguir ejemplares griegos ya fuera mediante su compra en Atenas, en Rodas y en otros prestigiados centros culturales griegos, o valiéndose de uno que otro artilugio. Por eso mandaron

agentes con las bolsas repletas y órdenes de comprar el máximo de libros posibles, de cualquier clase y sobre cualquier tema, y cuanto más antigua fuera la copia, mejor. Preferían los libros más antiguos porque, decían, al haber sufrido menos procesos de recopiado, la posibilidad de errores en el texto era menor (p. 44).

Para satisfacer tal demanda, surgió una nueva industria: la fabricación de copias “antiguas”. El autor aclara que los Ptolemeos confiscaban todo aquello que no podían comprar, pues anhelaban integrar un fondo exhaustivo de textos griegos, que a su vez fuera un instrumento para la investigación. Viene al caso destacar que Ptolomeo II hizo que se le diera singular importancia a los clásicos, a los textos de los grandes dramaturgos atenienses, a Homero y a otros poetas antiguos. De modo que, ante la circulación de un sinnúmero de copias con múltiples variantes, una de las tareas de la escuela de Alejandría consistió en establecer el canon de cada obra literaria.

Con respecto al espacio físico de la biblioteca, Casson observa que la biblioteca principal, localizada en palacio, servía primordialmente a los miembros del Museo; mientras su filial, ubicada en un santuario con un acceso más o menos abierto, estaría destinada a un grupo más grande de usuarios, tal vez por eso su acervo se limitaba a obras de interés general, como los grandes clásicos de la literatura.

A partir de la página 46 a la 53, el estudioso habla de los directores de la biblioteca de Alejandría y de la impronta que cada uno de ellos dejó tanto en la forma de catalogar los libros y en el contenido del acervo bibliográfico como en sus aportaciones a los estudios filológicos, entre otros personajes sobresalen: Zenódoto, Aristófanes de Bizancio, Calímaco, Eratóstenes y Aristarco.

Pese a los datos contradictorios en torno al declive de esta famosa biblioteca, el autor afirma que su final se remonta al 170 d. C., cuando Marco Aurelio, para reprimir la insurrección del reino de Palmira, libró una batalla en Alejandría, durante la cual fue arrasado el palacio y quizá también la biblioteca (p. 55).

#### 4. “El desarrollo de las bibliotecas”

Aparte de la biblioteca de Alejandría, a principios del siglo II a. C. existían otras bibliotecas reales: había una en Antioquía, que no obtuvo gran renombre; mención especial merece la de Pérgamo,

patrocinada por los Atálidas. Eumenes II (197-160 a. C.) transformó dicha ciudad en un centro cultural, al otorgarle una biblioteca que era digna rival de Alejandría. El edificio fue construido en un pabellón contiguo al santuario de Atenea, y sus restos constituyen el hallazgo arqueológico más antiguo concerniente a las bibliotecas (p. 58). Luego de la descripción pormenorizada de este complejo arquitectónico, Casson refiere algunas anécdotas acerca de la competencia entre Pérgamo y Egipto, por ejemplo:

se decía que “debido a la rivalidad sobre las bibliotecas entre el rey Ptolemeo y el rey Eumenes, Ptolemeo interrumpió la exportación de papiro y por eso los de Pérgamo inventaron el pergamino” (p. 59).

Por lo que respecta al empleo del pergamino, el autor señala que la escritura sobre piel era una práctica usual y muy antigua en el Próximo Oriente, por eso es difícil que los habitantes de Pérgamo inventaran este soporte; lo que sí hicieron fue mejorar la fabricación de pieles animales y adoptarlas gradualmente como material de escritura, para no depender de la importación de papiro (p. 61).

Más adelante, con base en varias inscripciones donde se habla de donaciones hechas por ciudadanos o gobernantes magnánimos con el fin de sufragar la educación de niños o el salario de maestros, Casson sostiene que al menos durante los siglos III y II a. C. hubo un nivel de educación y de cultura superior al de cualquier período anterior (p. 62). Posteriormente alude a las bibliotecas locales, y manifiesta que más de una ciudad contó con una biblioteca, y ésta dependía de las aportaciones generosas de particulares o de personajes públicos. Añade que tal vez las bibliotecas estuvieron vinculadas con el *gymnasium*, instalación que en la época helenística servía como centro educativo y de formación, pues allí se impartían clases, conferencias, sesiones de lectura, etcétera. Para muestra cita el caso de Atenas, cuyo gimnasio *Ptolemaion* albergaba una biblioteca (p. 66).

##### 5. “Los inicios: Roma”

En esta sección el estudioso subraya que, debido a los asentamientos griegos ubicados en la Magna Grecia y a las relaciones comerciales, los etruscos conocieron el alfabeto griego y lo adaptaron a su escritura. Más tarde los romanos adoptaron el alfabeto etrusco y lo adaptaron al latín.

Acerca de los primeros registros de obras latinas, Casson se remite al 240 a. C., cuando Livio Andronico presentó la versión latina de una comedia y de una tragedia griegas. En el siglo II a. C. los romanos ricos y cultos aparte de aprender griego empezaron a coleccionar obras griegas. A propósito de esto, puntualiza que en la Roma del siglo I a. C. no había libreros, razón por la cual el romano que necesitaba un libro en especial tenía que mandar un mensajero a alguno de los centros griegos del sur de Italia.

En seguida se refiere a Plauto, el primer autor latino cuyas obras han llegado hasta nosotros. Dado que tuvo que manejar varios textos originales griegos es factible pensar que contó con una colección importante; pero tal acervo no correspondía a una biblioteca privada, sino al acopio reunido por un representante teatral, quien se quedaba con los guiones y con todos los textos que compraba, entre los cuales se encontraban los originales griegos empleados para realizar la versión latina (p. 72). En suma, a fines del siglo III y principios del siglo II a. C., hubo dos tipos de biblioteca privada en Roma: las colecciones de clásicos griegos propiedad de las familias pudientes, y los grandes fondos de obras teatrales latinas y griegas, cuyos dueños eran los representantes teatrales.

Luego hace alusión a la biblioteca macedonia de Escipión Emiliano y a la del astrónomo C. Sulpicio Galo. Aclara que para mediados del siglo II a. C. Roma poseía ricos recursos bibliográficos, mas pertenecían a particulares, se hallaban dispersos y sólo eran accesibles para unos cuantos (p. 74).

Conviene decir que los enfrentamientos bélicos suscitados en Grecia y en Asia Menor permitieron el incremento y el enriquecimiento del acervo bibliográfico, porque el saqueo favoreció la “adquisición fácil y rápida” de muchos ejemplares. Baste mencionar la biblioteca de Sila, quien al conquistar Atenas se apropió de los libros de Apelición y así se apoderó de la gran colección de Aristóteles y de algunas obras de Teofrasto. De igual forma, es preciso hablar de la biblioteca de Lúculo, cuyo botín provenía del norte de Asia Menor. Pese a lo anterior, Casson especifica que en la Roma de aquellos días no todo era producto del saqueo, ya que también había bibliotecas cuidadosamente reunidas por hombres amantes de la literatura y del saber, tales como la biblioteca de Cicerón, la de su amigo Ático y la de Varrón. En verdad resulta

interesante la manera en que con fundamento en varias obras del Arpinate, el autor reconstruye el acervo y el funcionamiento de su biblioteca. Enfatiza que estos hombres cultos reconocían sus limitaciones en el área de la bibliotecología y buscaban el apoyo de especialistas; fue así como Cicerón consiguió que Tiranión, el experto que puso en orden la biblioteca de Sila, organizara su propia colección (pp. 76-80).

Por lo que toca a la adquisición de ejemplares, el estudioso menciona el sistema de copiado y el de donaciones; agrega que en ese tiempo ya había en Roma unos cuantos librerías, aunque los mejores sitios —y los más confiables— para comprar libros eran Atenas, Rodas, Alejandría, y los centros griegos de gran tradición (p. 84).

#### 6. “Las bibliotecas del imperio romano: la ciudad de Roma”

En este apartado comenta que Julio César deseaba mejorar el nivel intelectual de Roma, y para lograrlo planeaba la construcción de una biblioteca pública; sin embargo, fue hasta el 39 a. C. cuando Asinio Polión, tras una exitosa expedición militar, tuvo los recursos necesarios para realizar ese proyecto. Según Casson:

Conocemos la ubicación de la biblioteca de Polión sólo gracias a la mención que de ella se hace en varios escritos, ya que la propia estructura ha desaparecido. Estaba ubicada en pleno centro de la ciudad, muy cerca del Foro. Tenía dos secciones, una para las obras en griego y otra para las obras en latín, una organización que César había planificado para su biblioteca y que se repetirá en todas las bibliotecas romanas posteriores. Estaba bellamente decorada con estatuas de autores famosos, incluida —algo poco frecuente— la de un autor todavía vivo, el célebre sabio Varrón (p. 87).

De modo que a lo mejor fue abierta al público entre el 39 y el 27 a. C.

Más tarde, Augusto mandó erigir la segunda biblioteca de Roma, que —por hallarse junto al Templo de Apolo en el monte Palatino— recibió el nombre de Biblioteca Palatina. Con base en los escasos restos de este edificio, Casson destaca la forma en que los arquitectos romanos solucionaron las peculiares exigencias de esta clase de inmuebles (pp. 88-89). El autor señala brevemente las diferencias entre la biblioteca romana y la griega:



La colocación de los rollos en nichos empotrados en la pared dejaba libre el espacio central de la cámara para los lectores; se supone que allí habría mesas y sillas. Con esta disposición —los libros alineados a lo largo de las paredes y espacio e instalaciones para los lectores— las bibliotecas romanas eran como las modernas salas de lectura y en absoluto parecidas a las bibliotecas griegas, las cuales consistían en salas pequeñas donde estaban depositados los libros, y abiertas a un pórtico donde los lectores podían consultarlos (p. 90).

Este diseño arquitectónico constituyó una innovación romana.

Cabe añadir que Augusto también hizo edificar la tercera biblioteca pública, localizada en el *Porticus Octaviae*, de la cual no quedan vestigios. Por su parte, el emperador Tiberio dispuso la construcción de otra biblioteca, en el monte Palatino, y Vespasiano erigió una más cerca del Foro.

Lionel Casson aporta datos pormenorizados acerca de la biblioteca de Trajano, pues la parte conservada hace factible una reconstrucción casi completa de su interior (pp. 91-95).

El estudioso se detiene y aclara que hasta aquí se ha referido a las bibliotecas públicas romanas que, aunque fueron edificadas junto a templos o dentro de grandes complejos, eran recintos independientes, destinados a servir a quienes venían a consultar los libros. Además alude al tipo de personas que las frecuentaban y al impacto cultural que tuvieron:

Sin duda la mayoría de los usuarios eran gentes con un interés profesional o una profunda sensibilidad hacia la literatura y el saber: escritores, abogados, filósofos, maestros, estudiosos y demás. Este tipo de usuarios representaba seguramente tan sólo una minúscula fracción de la población total de Roma. Pero su número real pudo ser considerable, ya que la fama de la ciudad como uno de los grandes centros culturales y el centro por excelencia para los estudios latinos tuvo que atraer a eruditos de todos los rincones (p. 95).

En adelante centra su estudio en las bibliotecas construidas en lugares especiales y dirigidas a un público más numeroso, las incorporadas a las termas públicas. Si bien al principio sólo los ricos podían acudir a estos sitios, con el paso del tiempo la entrada a dichos lugares fue gratuita, y a los servicios que prestaban en su calidad de baños públicos añadieron las funciones de espacios re-

creativos y culturales. Vale la pena mencionar las famosas termas de Nerón y de Trajano, entre cuyas ruinas se encuentra parte de la biblioteca (p. 96). De igual modo, describe las termas de Caracalla.

Por lo que concierne a los usuarios de esta clase de bibliotecas Casson dice lo siguiente:

Las termas públicas eran frecuentadas por todos los romanos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres. Iban allí no sólo por los baños en sí sino también para pasar el rato dedicándose a actividades de ocio, a pasear por los jardines, jugar pelota o mirar cómo otros jugaban, asistir a conferencias, charlar con los amigos o curiosear en la biblioteca. El contenido de las bibliotecas termales tuvo que reflejar esta situación, es decir, el hecho de que el público lector estaba formado principalmente por gentes que buscaban libros como pasatiempo, como alternativa a darle a una pelota o a mantener una conversación superficial, y sólo en segunda instancia por profesionales y literatos dispuestos a combinar un baño con algo de estudio. Suponemos que las colecciones incluían sobre todo clásicos de renombre y numerosos ejemplares de Homero, Eurípides y Menandro en la sección griega, y de Ennio, Plauto y Virgilio en la latina, y acaso alguno que otro filósofo en ambas lenguas (pp. 97-98).

Desde la época de Trajano y hasta principios del siglo III a. C. las bibliotecas formaron parte de las termas. En general, quienes fomentaron su construcción al mismo tiempo cuidaron que éstas permanecieran en funciones y en buen estado. Para corroborar esto, baste agregar que un catálogo de los edificios más emblemáticos de Roma fechado en el 350 indica la existencia de veintinueve bibliotecas.

Luego de hablar acerca de las edificaciones y la disposición arquitectónica de las bibliotecas, el autor se refiere al personal que laboraba en ellas. Enfatiza que en el caso de Asinio Polión, hombre de letras y propietario de una gran biblioteca privada, es probable que él mismo se ocupara de ella. En cambio, Augusto se vio obligado a conseguir ayuda profesional: Pompeyo Macer, hijo de un distinguido estadista e historiador griego, fue el encargado de organizar la biblioteca Palatina; mientras Gayo Mecenas Meliso hizo lo propio con la biblioteca del Pórtico de Octavia. La tarea de ambos consistió en seleccionar los títulos deseados, asegurar su adquisición, catalogación y colocación. Tras esto, Augusto nombró como

director permanente de la biblioteca Palatina a Cayo Julio Higino, un liberto tan cualificado como Meliso. Es sumamente interesante la manera en la cual —apoyándose en Suetonio, en inscripciones halladas en epitafios y en menciones honoríficas— Casson recrea la personalidad de los primeros directores de bibliotecas, unos totalmente apasionados por el mundo de los libros, y otros que veían el puesto de *procurator bibliothecarum* como un escalafón más en su carrera de servidores públicos (pp. 99-101).

Después, el estudioso se refiere al personal que trabajaba en la biblioteca (*a bibliotheca*), el cual estaba integrado por esclavos y algunos libertos. Los empleados en las bibliotecas fundadas por los emperadores y los de la biblioteca de Polión procedían de la *familia Caesaris*, ellos se ocupaban de los libros: buscaban los rollos colocados en las estanterías, los volvían a acomodar, restauraban los rollos deteriorados, o se desempeñaban como escribas; según sus aptitudes eran asignados a la sección griega o latina. A la cabeza estaba un *bibliothecarius*. Las bibliotecas de Roma dependían de un director de las Bibliotecas (*procurator bibliothecarum*), responsable de las finanzas y de la gestión del conjunto.

Con respecto al acervo bibliográfico, Casson señala que las bibliotecas romanas fueron drásticamente selectivas con las obras griegas, pues tales libros constituían sólo una fracción del total disponible. En términos generales, las bibliotecas de Roma, con una capacidad restringida, en gran parte ocupada por una selección representativa de obras antiguas, enfrentarían el problema de incorporar año con año textos latinos contemporáneos. Ante la falta de espacio, quizá optaron por la especialización (pp. 106-107). De manera que, para realizar un estudio serio de los textos griegos, los eruditos debían ir a Alejandría; mientras, para el latín, Roma era el lugar idóneo.

En cuanto a la adquisición de nuevas obras, las bibliotecas públicas recibían donaciones de los propios autores, recurrían al procedimiento de la copia y en menor grado a la compra. El poeta Marcial es quien aporta más datos acerca de la existencia de librerías en la época imperial.

Para concluir esta sección, el autor alude al horario de las bibliotecas, al tipo de usuarios que acudían a ellas y al sistema de préstamo de libros.

7. “Las bibliotecas del imperio romano: fuera de la ciudad de Roma”

A partir de restos arqueológicos y de algunas inscripciones, Casson confirma la presencia de bibliotecas públicas en Pompeya, Como, Bolsena y Tíbur. Así mismo, da noticia de la construcción de más bibliotecas en Pérgamo, Atenas y Éfeso. El estudioso concede singular importancia a la biblioteca de Celso, en Éfeso, pues sus vestigios hacen posible la reconstrucción total del edificio (pp. 118-122).

En cambio, al referirse a Inglaterra, España, Francia y a la costa septentrional de África, aclara que únicamente hay testimonios de que se erigieron bibliotecas en Cartago y en Timgad. Más adelante agrega que “el hecho de que en el occidente romano sólo se hayan documentado dos bibliotecas no significa que hubiera solamente dos, sino que las que pudieron existir se han perdido en los abismos del registro histórico” (p. 123).

Por lo que atañe a su acervo, el estudioso conjetura que las bibliotecas de las provincias incluían sobre todo a los clásicos, también los textos de autores locales y alguna que otra obra “rara”.

8. “Del rollo al códice”

Casson observa que hasta el siglo II d. C. la mayoría de los libros de las bibliotecas eran rollos de papiro, y algunos de pergamino; pero en la Edad Media el códice de pergamino sustituyó al rollo, y con esto se produjeron varios cambios en torno al mundo del libro.

El autor se remite a Marcial, quien en varios epigramas alude a la palabra *membranae*, término mediante el cual los romanos designaban al códice de pergamino (p. 127). Tras describir brevemente cómo a partir de la tablilla de madera se llegó al códice, afirma que la producción de ese nuevo tipo de edición se originó en Roma. Luego de explicar la manera en que se elaboraba, enumera algunas de las ventajas que ofrecía el *codex*: mayor capacidad, facilitaba la consulta, podía sostenerse con una sola mano, contaba con cubiertas (o pastas), tenía el título inscrito (pp. 129-131).

Después añade que los hallazgos en Egipto demuestran que desde el inicio los cristianos emplearon el códice para hacer copias de la Biblia y de los demás escritos religiosos; en contraste, el rollo de pergamino estaba asociado con los textos judíos, y el de papiro,

con las obras paganas. De acuerdo con Casson, gracias a la expansión del cristianismo se difundió el uso del códice en todo el imperio (p. 133).

No obstante, todo parece indicar que uno de los factores que propiciaron que el códice de pergamino reemplazara paulatinamente al de papiro fue la mayor durabilidad de la piel. Y dependiendo de la calidad del pergamino, se podía tener acceso a una edición de lujo o a una austera (p. 135).

En torno al funcionamiento de las bibliotecas, el cambio consistió en que los códices se acomodaban apaisados en los estantes, con sus hojas protegidas por cubiertas, por lo tanto sacar un ejemplar resultaba más fácil y rápido que en el caso de los rollos.

En cuanto a la consulta del catálogo de una biblioteca, la llegada del códice supuso sin duda una auténtica transformación. Antes, un catálogo ocupaba una serie de rollos; buscar un título implicaba primero dar con el rollo que contenía, entre otros, el tema adecuado, luego desenrollarlo hasta encontrar el tema en cuestión y seguir desenrollándolo lentamente hasta dar con el título deseado. Cuando los catálogos adoptaron la forma de códice, los usuarios sólo tenían que pasar las páginas hasta encontrar la categoría y el título de la obra (p. 137).

Al final el autor señala que las bibliotecas antiguas tuvieron que ingeniárselas para integrar e incorporar junto a los rollos de sus estanterías las nuevas adquisiciones en formato de códice.

#### 9. “Al filo de la Edad Media”

Antes de desarrollar este último capítulo, Casson comenta:

El auge y el triunfo del cristianismo tuvo un profundo impacto en la literatura: convirtió la religión en el tema principal. Claro que había escritores, griegos y latinos, que seguían abordando temas seculares, pero eran una minoría comparados con los grandes autores cristianos, como Basilio o Eusebio en griego, Agustín y Jerónimo en latín. Hubo una explosión de estudios sobre los textos de la Biblia, comentarios e interpretaciones sobre determinados pasajes, debates sobre la naturaleza divina, diatribas contra opiniones consideradas heréticas, etc. Aquella literatura estaba fuera de lugar en las estanterías de las bibliotecas existentes; exigía bibliotecas propias. Y éstas surgieron como parte de las iglesias y los monasterios cristianos, y su difusión a lo largo de la Edad

Media supuso un paso decisivo en la evolución hacia las bibliotecas actuales (p. 139).

De inmediato menciona que a inicios del siglo v d. C. hubo dos acontecimientos que modificaron el desarrollo de las bibliotecas: el primero consistió en la división del imperio romano en la sección occidental y la oriental, y el segundo radicó en el surgimiento del cristianismo como religión dominante en ambas partes.

El imperio romano de Occidente debió afrontar varias invasiones y vio diezmada su población, de manera que ya no contaba con los fondos para financiar las bibliotecas ni con el pueblo para utilizarlas (p. 140).

Por su lado, el imperio oriental no sufrió invasiones bárbaras, gozó de un ambiente apacible hasta 1453, cuando los turcos tomaron Constantinopla. En esta ciudad se construyeron tres grandes bibliotecas: una en la universidad, destinada a profesores y estudiantes; otra en el palacio, con miras a la familia real y a los funcionarios, y la tercera consistía en una colección teológica recopilada en la sede del patriarca. Casson aclara que a partir del 642 esta biblioteca se convirtió en la mejor colección teológica del imperio de Oriente, porque las otras ciudades que tenían valiosas colecciones se hallaban en poder de los árabes (p. 141).

Por el contrario, Roma no poseía colecciones teológicas importantes, muchas iglesias nada más contaban con manuales litúrgicos y copias de las *Escrituras*. Subraya que la única biblioteca cuyo contenido se conoce con detalle es la de Isidoro, obispo de Sevilla, entre su acervo estaban: Orígenes, Eusebio, Crisóstomo, Ambrosio, Agustín, Jerónimo y otros ilustres autores cristianos; pero también se encontraban los juristas romanos Paulo y Gayo, así como Hipócrates y Galeno (pp. 142-143).

Más adelante habla de la institución del monacato y su rápida expansión por todo el imperio oriental. Agrega que las bibliotecas de los monasterios eran pequeñas y se circunscribían a obras teológicas. En su opinión:

el imperio de Oriente fue una gran fuente de las obras antiguas que han sobrevivido hasta nuestros días, especialmente las obras griegas. Lo más probable es que la mayoría proceda de los fondos de las bibliotecas del palacio y de la universidad de Constantinopla o de las colec-

ciones privadas de los muchos eruditos y sabios que florecieron en el imperio bizantino. Pero en realidad, los monasterios de Oriente desempeñaron sólo un papel menor en la historia de las bibliotecas. El papel principal estuvo a cargo de los monasterios de Occidente (p. 144).

Tras esta aclaración, alude al famoso monasterio fundado en 529, Monte Casino, y a las reglas establecidas por Benito. Se ocupa de los *scriptoria*, del comercio de los libros, de Casiodoro y su monasterio Vivarium, y también de su obra *Institutiones*, donde trataba el arte del copista de manuscritos, destacando su enorme importancia y las exigencias de su trabajo (p. 145). Ya casi para terminar su libro, Casson menciona el monasterio de Bobbio, y concluye que gracias a los fondos acumulados en estos monasterios conservamos en latín la gran mayoría de obras latinas y griegas del mundo antiguo. Pues, luego de múltiples vicisitudes —copias, donaciones, venta, robo, saqueo— los manuscritos de los acervos monásticos fueron a parar a importantes bibliotecas de la Baja Edad Media y del Renacimiento.

Finalmente, el autor anexa a su texto una lista de abreviaturas y las notas, ya que no quiso ponerlas a pie de página para no distraer a los lectores.

En suma, este es el contenido de *Las bibliotecas del mundo antiguo*, un libro fluido, ameno y fascinante que nos hace reflexionar acerca de los principales factores que intervinieron en la transmisión y preservación de nuestros autores clásicos: la aparición de la escritura, el surgimiento de nuevos soportes, el nacimiento de las bibliotecas, el desarrollo de toda una industria alrededor del libro, la labor fundamental de los escribas, de los libreros, de los expertos bibliotecarios, y de los arquitectos, todo encaminado a resguardar de la mejor manera posible la cultura puesta por escrito.

Desde mi punto de vista, considero que, si bien Casson no logra realizar “un estudio exhaustivo”, no debe menospreciarse este texto, pues cumple a cabalidad con el objetivo de una obra de divulgación y, aunque no consigue ser tan minuciosa como uno quisiera, tiene el mérito de invitarnos al estudio profundo e interdisciplinario de las bibliotecas antiguas.

Carolina OLIVARES CHÁVEZ